

## *Hay que hacerse preguntas*

Hacernos preguntas y buscar respuestas es un acto facilitador de la reflexión, así como de la concienciación, que nos sirve, por ejemplo, para analizar lo que está ocurriendo en EE. UU.

### **Narok Ibarburu Ruiz, estudiante de primero de Periodismo en la EHU**

¿Qué pasa cuando un agente de control migratorio dispara cuatro veces (una, dos, tres y cuatro) y mata a una madre de tres hijos en su coche —mientras esta solo trataba de huir de los asesinos que, finalmente, acabaron con su vida— sin que represente esta mujer amenaza alguna —pues, entre otras cosas, llevaba peluches en su vehículo—? Que se destruye una familia, que se les arrebatan la madre a unos niños de 15, 12 y 6 años, que se fragmentan, pisotean y vierten a la basura con superlativo desprecio los derechos fundamentales de esa persona y que, entre los millones de efectos perniciosos que podría enumerar hasta la eternidad del sempiterno, el mundo pierde a una poetisa, a una guitarrista, a una ciudadana, a una buena persona o a, como aseguró su madre, “un ser humano increíble”.

¿Qué desencadena que entre un grupo de agentes de control migratorio reduzcan a un civil que graba con su teléfono la brutalidad policial que estos ejercen, lo dejen en el suelo inmovilizado y, sin que —de nuevo— represente peligro o amenaza alguna, dos de estos le asesten a sangre fría y sin ninguna explicación razonable diez balazos (uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez) ante el pánico de las personas que presencian tamaña escena, semejante ejecución pública, tal acto de infrahumanidad? Que pierde la democracia, que se ausentan los derechos humanos, que se esfuma la libertad de expresión, que un hospital se queda sin uno de sus enfermeros y que, entre las infinitas consecuencias de su injusto homicidio, los residentes de la urbanización en la que vivía se quedan sin su tranquilo y solidario vecino. “Es una persona maravillosa. Tiene un gran corazón”, declaró una vecina (‘Associated Press’). El mundo pierde, de nuevo, a un buen ciudadano.

¿Qué consecuencias trae que se detenga de forma indiscriminada, aleatoria, mafiosa, racista, como si fueran delincuentes, a padres e hijos, mayores y jóvenes con un acento o apellido que suene a “extranjero” en el interior y exterior de las casas, dentro, antes de entrar y fuera del coche, de camino al colegio, etc.? ¿Qué justificación moral tiene que se separe a un padre de su hijo enfermo al que cuida, y que cuando este fallece fruto de su padecimiento no dejen al padre ni ir a su funeral? ¿Cómo se le explica a un niño o a una niña lo que tiene que hacer si detienen a su padre, a su madre, o en la consumación del delirio supremo —que, por desgracia, ha tenido lugar—, a él mismo o ella misma? Son preguntas alarmantes con respuestas inquietantes.

Estas interrogantes no están hechas al azar, sino sustentadas en lo que está ocurriendo en Estados Unidos: en las muertes, en primer lugar, de Renée Good, y en segundo lugar, de Alex Pretti. El tercer párrafo está basado en una parte de la cantidad de desgarradoras historias de ese tipo que lamentablemente habrá.

Yo soy de los que cree que para entender la naturaleza de algo hay primero que hacerse preguntas, ponerse en la piel de quien sufre este tipo de abusos, tratar de imaginar cómo se sienten esas personas, pues opino que de tanta información que recibimos en imágenes, textos y contenidos audiovisuales, que de tantos bombardeos, ataques y muertes a diestro y siniestro, aquí y allá, en Gaza o en Ucrania —por citar ejemplos— que vemos en la tele, en el móvil o dónde sea se normalizan. Se normaliza el

horror de las personas que los sufren, se normaliza el desgarrador dolor de la madre que pierde a su hijo, se normaliza el que alguien vea como matan a su familia por el simple hecho de que otro alguien así lo haya decidido. Se normaliza todo porque forma parte de nuestra cotidianidad, y no debería ser así.

¿Es lo de Trump fascismo?, me pregunto yo. Eso cree el periodista y autor norteamericano Jonathan Rauch; lo explica en un artículo que él mismo firma publicado el pasado 25 de enero en la revista estadounidense 'The Atlantic' titulado «Yes, It's Fascism» (Sí, es fascismo). Rauch da una respuesta afirmativa a una pregunta que muchas y muchos nos hacemos en estos tiempos que corren. De eso se trata, de hacerse preguntas para dar con respuestas que nos hagan reflexionar. Es un recurso para evitar la banalización y el distanciamiento de la realidad.